

SORBAS (APUNTES DE UN VIAJERO)*

RAMÓN DE CALA Y LÓPEZ

Director de varios periódicos en Cuevas del Almanzora

Yo no sé si por natural inclinación o por un hábito contraído durante muchos años, me entristece la vida sedentaria, y me alegra en cambio la agitación y el azar de los viajes.

Mis fuerzas se enervan y mi espíritu decae en la quietud, sin duda porque la quietud es muerte y la acción es vida y fortaleza.

Me gusta siempre la variedad y los contrastes: me desespera la monotonía de una vida metódica y reglada.

Quiero vivir en toda la naturaleza: trepar a las encumbradas cimas llenas de luz y aire, y luego sumirme en los valles hondos y sombríos; recorrer las llanuras tersas, y atravesar después las rugosas montañas; aturdirme en el torbellino de las grandes ciudades, y reposar más tarde tranquilamente en los deleitosos lugarejos escondidos por los rincones de la tierra; y de este modo, y en esta agitación, estudiar y aprender en la escuela del mundo muchas cosas que los libros no nos dicen.

He visto en mis peregrinaciones multitud de pueblos, llamando mi atención principalmente, no los que tenían edificios más suntuosos, y vías más espléndidas, sino los que apartándose del aspecto general presentaban algo típico y extraño.

Fijándome en las particularidades de muchos de ellos, dime cuenta, por ejemplo, de que la topografía es un dato muy importante para sospechar el ori-

gen más o menos remoto de cada uno, cuando calla la historia.

De modo general entiendo que la habitación humana ha pasado por las siguientes grandes etapas:

1ª *Época de las cavernas*.- El hombre acosado por las fieras y por sus semejantes, no menos feroces, se ampara en los antros de las cavernas, buscando seguridad en sus profundidades oscuras.

2ª *Época de las mesetas*.- No sabiendo aun construir buenas defensas artificiales, pero necesitando formar sociedades más numerosas, construye preferentemente sus pueblos en sitios inaccesibles; en altas mesetas contorneadas de tajos y precipicios.

3ª *Época de las acrópolis*.- Siendo insuficiente el espacio de estas mesetas, extiende sus habitaciones a las llanuras próximas, aunque el resguardo del punto elevado, que queda convertido en acrópolis de la ciudad; fortaleza a la que se repliegan sus habitantes en caso de un ataque.

4ª *Época de las llanuras*.- Forma ciudades principalmente en el llano, unas veces rodeadas de murallas y otras no.

Estas cuatro divisiones corresponden a los períodos Prehistórico y Protohistórico las dos primeras, y a las edades Antigua y Moderna las dos últimas.

No quiero decir con esta clasificación que los hombres viviesen en cada época exclusivamente en la forma que señalo; en todo tiempo las necesidades los obligan a ocupar parajes de topografía diversa: unas veces para aproximarse al mar que facilita su comercio; otras para estar junto a los campos que laborea o a las fuentes de que se abastece, o a los ríos que le sirven de caminos fáciles; pero en cada época culmina una tendencia; predomina una manera distinta de situar los pueblos y esa tendencia es la que hemos hecho resaltar.

Como la vida en las cavernas se abandonó en absoluto, pues no pueden considerarse como tales las cuevas donde viven aun muchas familias en dis-

* El presente trabajo fue publicado por su autor en primicia en la *Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses*, tomo VII, Cuaderno I, correspondiente al año 1910.

El interés del artículo radica en que es una de las pocas cosas que monográficamente se han escrito de Sorbas, justamente en un período importante de su pasado.

En cuanto a Ramón de Cala hemos de decir que fue un importante periodista (director de *El Almanzora* y *Eco del Almanzora*) y erudito de principios de siglo (escribió libros como *Historia de Garrucha* y *La fiesta de Moros y Cristianos de la villa de Carboneras*), en unión con Miguel Flores González Grano de Oro.

Las imágenes con las que ilustramos este trabajo son actuales, puesto que, Sorbas conserva todavía toda su fisonomía decimonónica en el centro histórico.



Vista panorámica de Sorbas.

tintos países, sólo vamos a tratar de los pueblos del segundo período que ciertamente son muy abundantes en España.

La Historia confirma el origen remotísimo de algunos de ellos; tal ocurre pro ejemplo con Toledo, con Ronda y con Cuenca, sin citar otros; pero hay muchos más, que por su escasa importancia no han merecido la atención de los historiadores, aunque pueda asegurárseles una fundación primitiva.

En otra ocasión me he ocupado de la ciudad de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz; hoy voy a tratar de otro pueblo mucho más modesto, aunque no menos interesante: de la pequeña villa de Sorbas en la de Almería.

Nada nos cuenta la historia de su fundación, y sin embargo, cualquiera que haya inspeccionado la topografía de este pueblo, habrá visto que responde a la que asignamos a los del segundo período.

Sorbas está colocada en una alta meseta cuyos bordes caen cortados a pique desde una altura de más de cuarenta metros. Por Levante corre junto al tajo la pequeña rambla de Moras; por Poniente y Sur el barranco Afa. En una época anterior a la fundación del lugar, un istmo, roto después, unía la meseta por el Norte con los cerros próximos. Entonces el barranco Afa era el cauce de otra rambla llamada

Cucador; pero el continuo batir de sus aguas abrió una brecha, cortó el istmo, y la península quedó transformada en islote precipitándose la corriente sobre la rambla de Moras, y quedando en seco como hoy se ve el barranco Afa, su cauce primitivo.

El islote sirvió entonces de asiento a una población; población pobre y miserable como los campos esteparios que la rodean; así es que nada dio que hablar a la historia, ni pudo crear monumentos cuyas ruinas testificaran su origen.

Convencido yo sin embargo de que Sorbas remonta su fundación a época muy lejana, me propuse hacer algunas indagaciones entre la gente del país, adquiriendo datos suficientes para mantener mi convicción¹.

Supe en efecto, que dentro del casco de la villa, en el sitio del Calvario se había encontrado un hacha de piedra pulimentada y algunos otros objetos de pedernal.

Supe también que haciendo un rebaje en cierta calle próxima, se descubrieron varias sepulturas, y que en una de ellas había un esqueleto de varón corpulento, varios anillos de bronce y un brazalete de

¹ Estos datos me han sido suministrados por el culto letrado de Sorbas don Juan Piqueras, al que por ello rindo aquí mi agradecimiento.



Balcones de una casa decimonónica burguesa, situada lindando con el Ayuntamiento en la plaza principal. Pese a la opinión de Ramón de Cala, lo más destacable de Sorbas son estos edificios que le otorgan señorío como ocurre con la Casa del Duque de Alba, la de los Piqueras, el Teatro Villaespesa (restaurado) o la Iglesia.

igual materia, muy oxidado y con tres piedras opacas azules o verdes.

La gente del país supone que estas piedras habían perdido su transparencia; pero tal opinión es infundada porque las gemas pueden deslustrarse quizás pero no volverse opacas. Más lógico será pensar que tales piedras eran turquesas, lapizlázuli, o la materia que llama Plinio *Callais*, y en cuentas de collares, aparece en las sepulturas de la edad del bronce. Esta materia es un fosfato de alúmina hidratado, natural.

Si los objetos descubiertos en Sorbas se hubieran conservado, permitirían a un arqueólogo experto fijar a cuál de las razas que habitaron la península pudieron corresponder. Habiendo sido destruidos, sólo cabe declarar que son de la época Eneolítica pero no decidir si pertenecían al pueblo íbero, fenicio o al celta.

Y aquí corresponde una digresión. Casi todos los autores que se han ocupado de la historia de España, establecen de este modo el orden en que los pueblos la dominaron: íberos, celtas, fenicios, cartagineses, romanos, godos, etc. El Sr. don Luis Siret, sabio arqueólogo que ha estudiado profundamente las edades primitivas de nuestra región meridional, cree más acer-

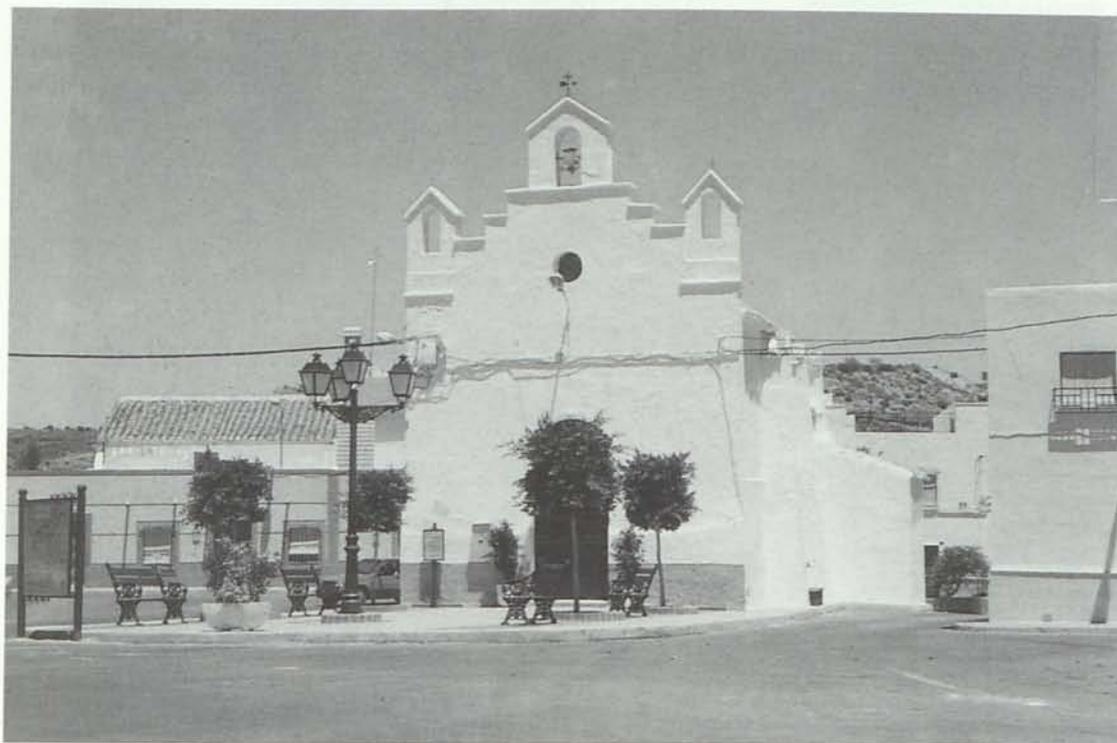
tado lo que asegura Plinio², es decir que el orden fue: íberos, fenicios, celtas, cartagineses, romanos, etc.

En este caso los fenicios que vivían en paz con los íberos, vieron turbarse esta feliz Arcadia por el arribo de los celtas pueblo del norte aguerrido y dominador que ocupando los lugares estratégicos del país, intentó expulsarlos, y quizás lo hubiese conseguido sin el eficaz auxilio de los cartagineses, que aunque de origen fenicio y por lo tanto poco guerrero, habían tenido ocasión de adiestrarse en la lucha, para mantener a raya en África a las tribus Númidas, de las que luego se sirvieron como auxiliars en la conquista peninsular, y que fueron más tarde causa de su ruina.

Los obreros descubridores de las sepulturas de Sorbas, daban a éstas el extraño nombre de *batimoras*, creyendo que eran morunas, y que el sujeto del brazalete sería un esclavo negro: pero tales suposiciones no merecen siquiera rebatirse.

Queda por tanto demostrada la existencia de Sorbas, en aquellas primeras edades, de las que poco se

² "In universam Hispaniam M. Varro per venisse Iberos, et Persas et Phoenicas Celtasque et Poenos tradit." C. Plinii Secundi. *Naturalis Historiae*, Liber III, 363.



Ermita de San Roque, cerca del Barrio de los Alfareros

puede decir, porque los datos verídicos son muy escasos. Realmente hasta la época cartaginesa está deducida la historia de España a fábulas increíbles, donde sólo a veces se vislumbra una ráfaga de luz.

Entonces los bastitanos constituían la población de estas regiones y eran un pueblo rudo y agresivo con esas civilización. El pastoreo, el cultivo de pequeños campos y la explotación de algunas minas que los aventureros fenicios hicieron prosperar, formaban sus únicos elementos de riqueza.

Así, lánguidamente transcurrió para Sorbas la época fenicia y las que la sucedieron hasta la árabe. Sólo al fin de este período, si hemos de creer al historiador de las «*Guerras civiles de Granada*» Ginés Pérez de Hita, no siempre verídico, se sabe que Sorbas estaba gobernada por un alcaide, quizás de la familia del Malique Alabez, de Vera, cuya parentela disfrutaba todas las alcaldías de la comarca desde el Almanzora a Vélez Rubio.

Este caudillo concurrió a la incursión que por tierra de cristianos hizo Muhamed ben Abdelbr, reinando en Granada el rey Aben Ozmín. Los mahometanos asolaron en ella el término de Lorca, llegando hasta el campo de Cartagena; pero la expedición tuvo un fin trágico, porque ocasionó la muerte de la más florida nobleza granadina en la batalla de los Alporchones, al filo de las huestes de Lorca unidas al adelantado de la frontera de Murcia, y a los pocos caballeros de Santiago que guarnecían Aledo.

Desde entonces hasta la reconquista del reino de Granada por los Reyes Católicos no vuelve Sorbas a figurar en la historia. Pero rendida Vera y amenazada Almería, todos los pueblos de la comarca y Sorbas con ellos, se entregaron a la merced del vencedor, sin ofrecer una resistencia que hubiese agravado su porvenir.

Sólo el castillo de Tabernas rechazó débilmente los embates de la hueste cristiana.

Sorbas consideró mejor partido abrir sus puertas al victorioso ejército, porque la suerte ya estaba decidida y era imposible detener la fatalidad.

No carecía sin embargo de elementos para la lucha: su posición aislada, sus murallas naturales inaccesibles, el castillo fuerte que en el lado Sur dominaba su ingreso, y la Atalaya que en lo más culminante de la villa vigilaba siempre el campo y las montañas, eran elementos bastantes para detener a un ejército por potente que fuera.

El Castillo hallábase situado en el extremo meridional de la población; de él casi no quedan más ahora que el nombre y el solar habilitado luego para cementerio³. Solamente se descubren de la obra antigua un trozo de pared que fue cimiento, el cual pue-

3. El primitivo cementerio de Sorbas estuvo como hemos dicho en las cercanías del Calvario; luego ha habido otro junto a la Iglesia parroquial, según era costumbre en la edad Media; después se trasladó al solar del Castillo, y ahora se encuentra en el campo, distante de la población como aconseja la higiene.



Antigua casa barroca de finales del siglo XVIII en la plaza principal, con cuatro plantas, y cobertizo-secadero en la última.

de observarse desde la carretera, y un aljibe moruno destinado posteriormente a osario.

La Atalaya estuvo como hemos dicho en lo más alto de la villa, hacia el Norte, y sus restos son aun más exiguos: una traba de argamasa durísima situada en la entrada de cierta calle muy pendiente es lo único que marca su emplazamiento.

Las dos fortalezas debieron en lo antiguo estar unidas por galerías subterráneas; porque al hacer algunos desmontes durante la restauración de la iglesia parroquial, se descubrió un camino secreto que parece comunicarles.

Pero estos elementos de defensa no fueron aprovechados; quizás el terror se apoderó de la población, y se rindió sin lucha.

Los moriscos quedaron poseyendo sus haciendas, aunque dependientes de la corona de Castilla, hasta que los reyes dieron a Sorbas un feudo.

Cuando los moriscos de la Alpujarra cansados de vejaciones acordaron sublevarse a las órdenes de Aben Humeya, e hicieron una incursión por el marquesado de los Vélez como desquite de los daños que les causaban las huestes del marqués, los vecinos de Sorbas corrieron a unirse a sus hermanos de raza.

Vencida la rebelión, sufrieron la dura suerte de perder sus bienes, siendo arrojados de su patria. Cruel remate de una opresión tenaz y dura, irresistible para un pueblo enérgico, amante de su albedrío y de su libertad.

Muchos moriscos pasaron a África pobres y miserables; otros fueron internados en los más lejanos rincones de Castilla, y allí continuó su afrenta.

Sorbas quedó despoblada entonces, y la Chancillería de Granada comisionó en el último tercio del siglo XVI para que repartiese el pueblo entre cristianos viejos, a Antón Pareja, que con el acompañamiento del escribano Luis Ramírez y la solemnidad que el caso exigía hizo el viaje de aquella capital a la desierta villa en cuatro jornadas. Una vez allí requirió a don Juan Escámez alcaide del fuerte, que entonces era del duque de Alba, para que abatiese el rastrillo y oyera la orden que tenía que comunicarle. El alcaide, después de hacer constar los derechos de su señor, permitió la entrada al comisionado y su cortejo y verificóse el nuevo reparto según aparece en un legajo que conserva el archivo municipal.

Infiérese de este documento que el término de Sorbas era antes más dilatado que actualmente, y que desde entonces ha habido mucha adulteración en los nombres de sitios y parajes. Así el llamado ahora Huele, se denominaba Guali, el nombrado Mizala, Mitsala.

Bueno sería restituir sus verdaderas denominaciones a los lugares del término, por lo menos en los documentos oficiales, desechando las que por el vulgo están desfiguradas y corrompidas.

Otro dato que descubre el repartimiento de la villa de Sorbas, documento que deseáramos ver publicado íntegro, es el relativo a los elementos de riqueza de que disponía la población. Siendo el país estepario y mísero por la escasez de lluvias y yendo sus ríos encajonados por estrechos valles que apenas



La cerámica es algo particularísimo de Sorbas. La alfarería de Juan Simón -en la imagen- todavía mantiene la vieja tradición morisca del moro Roghi, y del primer repoblador, procedente de Medina Sidonia, llamado Francisco García Zarco *el Viejo*, que representan el nexo entre la tradición islámica y la cristiana.

dejan espacio a insignificantes retazos de tierra regable, la agricultura, madre de toda riqueza, estaba como hoy poco próspera, y el pastoreo y el aprovechamiento de los productos del monte constituían la principal ocupación de los vecinos. Así, menciona el repartimiento la distribución de grandes rebaños de ovejas, cabras y vacas, tal vez fruto del despojo de los infelices moriscos.

En cuanto a industrias se sabe que ya existían alfares; uno que había pertenecido a un moro llamado el Roghi, fue donado a otro alfarero natural de Medina Sidonia nombrado Francisco García Zarco, *el viejo*.

Quedaron acomodados en la villa un total de ochenta familias próximamente venidas de Linares, Medina Sidonia y de otras partes del reino.

Sorbas tenía entonces bajo su custodia la marina de Carboneras en cuyo castillo mantenía a su costa una guarnición de doce hombres. Además costeaba un vigía en la Mesa de Roldán.

Desde aquel tiempo pocos hechos importantes han ocurrido en la población.

Abolidos los señoríos, entró en un régimen igual al de los pueblos realengos, pero no estando sus vecinos acostumbrados a usar de su soberanía, se sometieron fácilmente a la tutela del caciquismo, for-

ma feudal modernizada que todo lo corroe y esteriliza convirtiendo a España en un pueblo exánime.

Unas veces dominada por caciques tiránicos, otras por más benignos señores, su vida se desenvuelve en la decadencia. hoy cuenta 7.042 habitantes y es cabeza de un partido judicial, que sería más rico si tuviera medios suficientes de comunicación y mejor administración.

También es centro de un distrito electoral, por lo que ha alcanzado una celebridad siniestra.

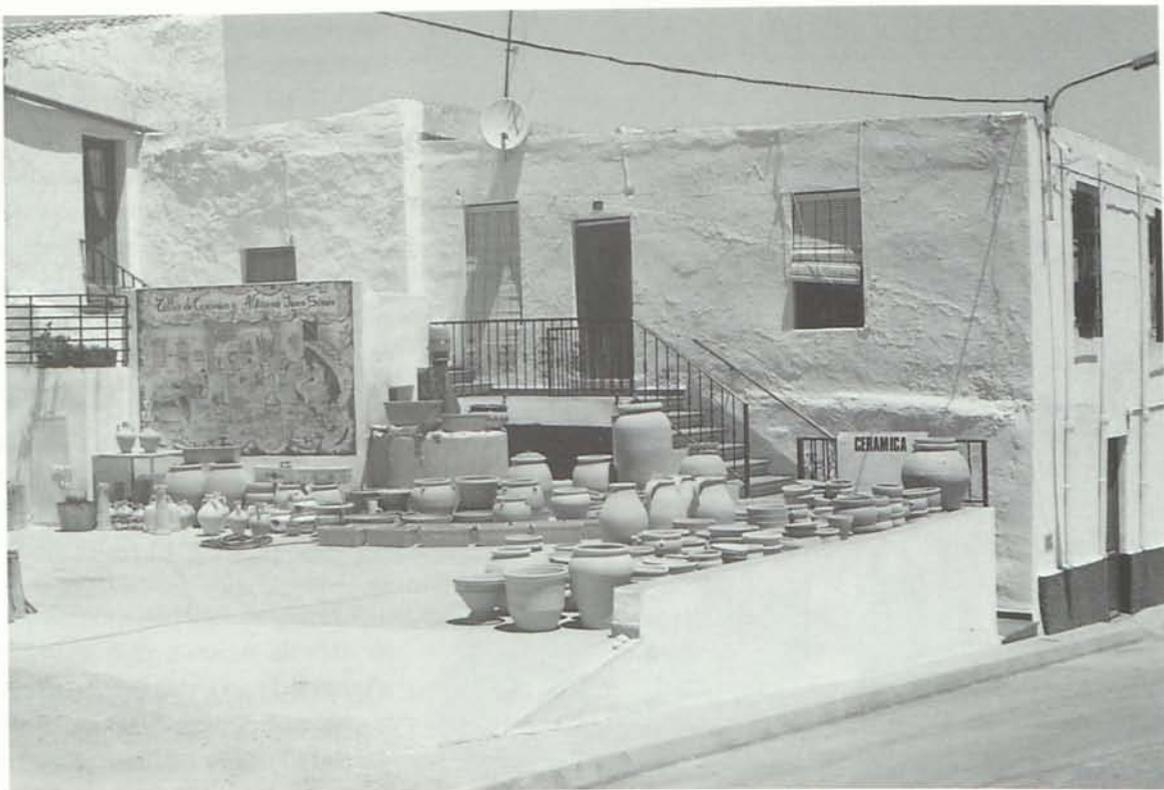
En los escrutinios de Sorbas se han visto muchas veces los abusos más escandalosos; las falsificaciones más descocadas; los pucherazos más sucios...

En esto podrán igualarla otros distritos de la nación, pero me parece difícil que haya siquiera dos que la superen.

Mientras la educación y la ciencia, no se eleven por todos a la altura que les corresponde, seguirán dándose los espectáculos tan crueles que provoca el caciquismo, fruto maldito de la incultura general, y toda redención resultará imposible.

Pero... cerremos este punto volviendo a nuestra historia.

Como población, Sorbas tiene poco que ver; sus calles desiguales y muchas en pendiente, nada ofre-



Calle de la alfarería Juan Simón, en el barrio alfareros de Sorbas.

cen que admirar. Sus edificios tampoco. La parroquia, el más importante de ellos, ha sido modernizada.

Sorbas es sobre todo notable por su situación especialísima.

Viajero, si pasas alguna vez por ella, detente un punto a contemplar los precipicios que la circundan; mira sus casa colgadas como nidos de buitres en los

bordes espantosos de un abismo; piensa para aborrecerlas en aquellas tristes edades en que los hombres buscando seguridad contra sus enemigos solamente la hallaban en tan incómodas mansiones, y si la contemplación de Sorbas evoca demás en tí el recuerdo del caciquismo, aborrécelo también, porque de su opresión no pueden ya librarse los ciudadanos ni aun en estos lugares inaccesibles.



El sabor antiguo y costumbrista de la vetusta Venta de la Viuda, en la carretera general, antes de entrar en Sorbas.